

En la obra de François de Casabianca, los colores son omnipresentes. Colores tal cual los capta, osados pero no agresivos.

François de Casabianca (P58) Un hombre de colores

Ya de niño, cuando acompañaba por la naturaleza a su tío pintor, este le iba iniciando en hallar los verdaderos colores tras los colores aparentes, convencionales. “Todos los colores, unos respecto a otros, son relativos. Son combinaciones, pero siempre hay uno que destaca y es la suma de las pinceladas la que contribuye a crear el relieve”. Por eso, la sombra no es siempre gris ni el mar, siempre azul.

Cuando observa un paisaje, François se pregunta permanentemente, destila los componentes de los colores. Y así, descubre elementos que se confirman a posteriori. En el taller colectivo que frecuentó durante tres años en Madrid, ponía ya en práctica esos análisis incluso para el desnudo: mientras que sus amigos los dibujaban con carboncillo, él se dedicaba a crear relieves solo con el juego de colores.

Un hombre de montaña y del Mediterráneo

De su infancia corsa, conserva François el amor a la montaña. Esta lo atrapa, lo fascina. La montaña significa su emancipación de adolescente, la conquista de la libertad, es la transgresión de lo prohibido. De niño, le habían prohibido alejarse de casa. Pero un verano, decide ir avanzando un cuarto de hora cada día hacia la cima que le llama. Y al final de la estación ya no regresa hasta la noche, y los padres ya no se extrañan de ello.

Córcega es una isla, una montaña en el mar. El mar Mediterráneo lo va a recorrer François a todo lo largo de su carrera; y también acompaña a su mujer, geógrafa. En él encuentra su fuente de inspiración: el Rif marroquí, Argelia, Turquía, Cerdeña, la Toscana, Portugal... Córcega también, claro está, y España, de donde procede su esposa.

Un oficio y una vocación que se compenetran

François iba a estudiar Bellas Artes y luego a hacerse arquitecto, pero un contratiempo familiar echa por tierra sus proyectos. Apasionado de la filosofía, lee mucho y descubre su futura profesión en la lectura de *Géopolitique de la faim*, de Josué de Castro. Toma conciencia entonces de los problemas del hambre y el subdesarrollo en su entorno geográfico y ecológico. Y se hará ingeniero agrónomo.

Pero tras treinta años de compromiso, aspira a recobrar su primera vocación. La atracción de la naturaleza, no en bruto, sino encauzada por la mano del hombre, se evidencia en la mayoría de sus obras. Le gusta hacer hablar al paisaje, analizar la intervención humana, cuyo rastro detecta incluso en parajes que parecían salvajes. “Un paisaje donde el hombre ha actuado es menos violento, más variado. Me seducen esos paisajes donde la huella humana contribuye a la armonía de la naturaleza. Me dan una paz, una serenidad que tengo ganas de compartirla, de transmitirla”.

Esta es la obra de François de Casabianca, toda ella armonía, toda ella emoción compartida.